

Celebración del rostro

Atrás, más atrás, en el rostro de un espejo sin roturas, inclinado, sumergido, ensancha el rostro su superficie y se maravilla —respirar de dunas— de ser aún imagen de un deseo solamente, promesa de un florecimiento, fecundidad oscura de las savias, espesura de bosque en esa voz que viene a llamarlo, a rescatarlo del ciclo de los sueños para darle un tejido, una entraña, vocación de vida, camino en el transcurrir, salir del anonimato y, conquistada la identidad, presentimiento del nombre, retornar al origen, androginia del Verbo, la palabra que elige, punto de concurrencia de todos los girasoles, presentimiento del océano, el llamado de la luz en el claroscuro de las aguas, derrame plícromo de la transparencia en la transparencia: escucha cómo emerge, a horcajadas, en silencio, sobre el lejano lecho del tiempo, fraguándose en el espacio una vía de acceso, laberinto que va desdoblado sus pliegues igual al rezo que tira de los velos hacia abajo, uno por uno, semillas de existencia; escucha ese lento madurar de fruto ensismado, onda, pulsación, turbulencia, cómo tiembla y se estremece y aguarda a la inmovilidad —se diría el aleteo sorprendido en su vuelo por el perfume de la flor— que la mirada lo estalle en fragmentos de hoguera reunificados en la caricia, leve toque de la pupila sobre su lisura de estanque, semen desgranándose en el seno del gran fuego; escúchale palpar, indeterminado aún mientras los labios y la garganta no palpen su forma, pura oscilación de lo virtual antes de ser creado (y cómo puede hacerse esperar tras un matasello sobre el blanco lienzo de una carta que no termina de llegar cruzando quién sabe cuántas vacilaciones) antes de ser mirado, tocado, hablado, antes de transformarse en el rostro del reencuentro, heliotropo, mediodía, la faz que fervorosa se inclina sobre el objeto de su contemplación para entregarse, desnuda, a la plenitud que lo recibe, sin ocaso, ni espejo ni enigma...

Y más atrás aún, desde las nupcias del ser con el júbilo de la existencia (no importa que el primer renuevo sea un vagido), cuerda no pulsada todavía por las sangres, ritmo, sólo ritmo de ola en los labios del mar, sople henchido de vastedad, de fulgurante indefinición, no-memoria, no-pensamiento, privilegio de lo no-interrumpido, de lo simultáneo, lo que resplandece y lo que ilumina, llama y luz, masculino y femenino, presencia donde todo es mensaje, indicio, exploración de un universo que ha volcado sus secretos, sin develarlos, en cada uno de los trazos que hacen del rostro una morada, recinto donde un tiempo vertical une un pasado presente y futuro, improvisación continua, misterio del rostro que finalmente irá abriendo las mirillas del espacio para venir a encontrarse

con los setenta rostros de la voz, urgencia del nombre, cimbreo que interrumpa la quietud y la convierte en trayecto: escucha, escucha cómo desciende atraído por el Verbo, esfera que gira reverberando, cómo lo seduce, lenta perezosa y lo obliga a abandonar su vacío en aras del llamado, vaho de luz hacia la exhortación de la luz, ingrátido y legendario aliento que dicen dio origen a todas las cosas; escúchale ceder, gradual, primero color, trino después, silencio por fin, pausa, ondeo, mecedura, y ser poseído por el nombre, igual que un deseo infinita y ansiosamente solicitado en espera de su advenimiento y que adviene, milagroso, apertura y ceñimiento, apetito del rostro desde el pleno corazón del fuego, polifonía, aspiración a la presencia toda, aquella que le otorga su ser al ser del rostro a través del mirar, a partir del tacto, pulsación que se precipita en el torrente de las sangres, necesidad de lo extremo, de la palabra vehículo por cuya virtud lo próximo se hará cercano y lo cercano fusión, cuchilla que va grabando, perfilando, rescatando de lo informe la línea, la consistencia, y que culmine, lámpara, candelabro, cuerpo con un rostro y con un nombre (y cómo puede hacerse esperar también tras el timbre de un teléfono cualquiera sobre un escritorio o en una esquina de la ciudad enorme sin dejarse tomar para responder o preguntar)... Cuerpo, venturosa expansión donde se gestan la vida y la muerte, aposento del ser donde tiempo y espacio quedan vencidos, surtidor de agua relampagueante como el sol, fuego húmedo, légamo donde se asientan las caricias, las miradas, las palabras fermentando para luego crecer y poblar de frutos ese difícil tránsito de ausencias en tardes de lluvia y en días de silencio, cuerpo-jardín y no obstante desierto porque árida es su vía hacia la consumación del encuentro, seco cauce por atravesar rumbo al mar, morada provisional tan sólo donde toma aliento el aliento de lo remoto antes de extender sus velas y adentrarse en las aguas... Nombre, conciencia de participar en una realidad diferente a la del propio cuerpo: el cuerpo del Otro, solicitud, principio de un después, alcanzar la presencia como atrapar la dicha y desplegarla sobre la imagen de las cosas diarias...

Doce aristas tiene el Verbo, como decir doce rostros en el espacio inscritos, doce ventanas abiertas a la penetración de la luz, claridad y movimiento, el trueno que despierta, la llama que se adhiere y hiere y quema y libera, raíces que permanecen en la profundidad y se acrecentan, se expanden, engrosan en meticulosos e imperceptibles vaivenes ascendentes, descendentes, hacia los costados, algo por encima de la cima del árbol, doce palabras como doce voces en las yemas de los dedos, exploración, vínculo, la palabra une al rostro con el rostro, al nombre con el

nombre, a la voz con la voz, palabra-nudo, palabra-puente, no la que define y apresa celda, grillete sino la que hace detonar todos los sentidos, siete veces diez, la que aprieta entre los labios el zumo, el aroma, la textura, brasa, rescoldo que aguarda el soplo que lo enciende nuevamente, como abrir pétalo a pétalo una flor (imagen de la rosa inmortal) y confundirse con su núcleo-rostro del universo, soplo de un soplo, palabra quieta de rumores firmes, mástil, brújula, timón, palabra-rostro que va vistiéndose las galas de una fiesta, alborozo, decir el misterio del rostro, el peso de la existencia, la carga de lo vivo, el milagro de lo que es (no importa que el primer renuevo sea un vagido), de lo que adquiere el ser con el nombre: misterio del nombre tras el misterio del ser: reencuentro del rostro, escúchale emerger, velamen, de punto en el horizonte, una totalidad que ilumina iluminada por el lenguaje del habla, ojo que alcanza y toca y revela, mano que palpa y mira y devela, beso que penetra y toma y posee, enlace, empalme, estrechadura de lo que en recogimientos sucesivos se contrae y desencadena, el halo del rostro rodeado por el halo de la noche en cuyo centro resplandece y titila como si la sombra fuese su toca de luz; escucha, escucha cómo se estremece y tiembla y gime su desmayo inerminal de risa de niño en llanto, inserción de más y más libertad en la materia hasta rozar los bordes de lo que se expande ilimitado, diálogos con el cuerpo desde un arder ajeno a la sed, a la necesidad, la privación, ajeno a todo lo que no sea el acrecentamiento: celebración del rostro, guarda entre las manos su rapto de cristales, su destello de esmeralda enfrecida, de catarata en vilo, guárdale humilde como en un estuche de corales, *shakuhachi* en tarde de lluvias, húmeda flauta de bambú de ancestral memoria que se desborda, que se desborda en arabescos sobre la piel, melodía recobrada por el abrazo en el abrazo de lo más cercano...

Pero desasirse, desasirse del deseo del rostro, restituirle su libertad primera no nombrada, dejarle que se manifieste apenas como un tiempo distinto en el tiempo cardiaco, apenas un compás más humilde que invade sin de-

jarse evidenciar, una tensión de aguas en receso, dejarse evidenciar, una tensión de aguas en receso, dejarle que solo despliegue sus arborescencias de madrépora al abrigo de las calladas profundidades y que su tarea retumbe, secreta, en el vientre de oscuras caracolas, sin posteridad, en contacto únicamente con las respiraciones del vasto mundo oceano y de sus creaturas, pura aspiración no condicionada por ninguna carencia previa, ahí donde nada lo requiera para nombrarlo ni haya espera tensa alguna, donde la voz no busque extirpar sus resonancias de espejo sonoro, permitirle que se perciba a sí mismo como una realidad absoluta —libre de la sed del Otro—, un intervalo entre dos oscilaciones de péndulo, y que germine a solas sus propios surcos, su sonrisa, su lágrima, tejiéndose, intemporal, nuevos visos, que libre pernocte en lo mutable sin la intención de una conciencia que le pida responder o el impulso de un querer que lo arroje de su sima hacia una superficie incierta, vulnerándolo, desasirse, no como desandar el camino, pero sí sobrevolando las voces hasta que el rostro olvide sus nombres a fuerza de haberlos absorbido y transmutado en el olvido, también, de toda promesa de reencuentro, desenramar las sombras que la memoria ha urdido y despejar su trazo único, su perfil sin pórticos ni portillos, sólo nave, espacio que se lanza a lo alto sin apuntalamientos hasta la bóveda, cauce sin escolleras, rostro de la letra antes de ser palabra, signo, figura, metáfora, aglomeración de pequeños focos vibratorios lloviendo su ebriedad en la dimensión de la presencia pura, ahí donde el rostro no es, tampoco, fuga de instantes, sino ese vértice del prisma en el cual incide la convergencia de haces que formarían una sucesión de días y de horas, triángulo, fin de todo remitente, de ese ir escalando hacia atrás correspondencias, nudos, eslabones y clavijas, que nada zozobre, que nada venga a recalar en el rostro, que lo aprehensible se abra brecha hacia lo inaprehensible; desasirse, escúchale desasirse de los ojos para transformarse en única mirada, de las palabras para venir a rasgarse sólo voz y aproximarse ligero como gacela sobre las rocas, oloroso a cercanía, aproximarse al aliento de lo innombrado, a la huella de lo Uno, del espacio inserto en lo infinito, esa humillación de la fugacidad (y cómo pesa a veces ese tiempo súbito y apresurado, tan ansioso de más horas y más días, de más tiempo) que se pliega al no-transcurso durante un lapso por mínimo que sea ardiendo de un fuego cuyo ardor el ardor no apaga ni la saciedad satura, manantial de aguas vivas que se ahonda nutriéndose de su propia hambre, tránsito en un desierto sin oasis porque el oasis sería su muerte y el desierto no tiene retroceso, sólo avance, acceso, ensanche, acequia corriendo hacia el mar, la morada en el tiempo; desasirse para construir la morada en el tiempo, hacer de la hoja que revolotea errante por los aires una flama encendida perenne y dejarla ser, dejarla ser para conjurar esa esquirra de futuro que de pronto se viene como una saeta sin dueño, ciega y certera, a revelar en el presente el verdadero rostro del rostro, ese mutable que inquiere tras las variantes del amor, de la espera y del llamado, ese implacable abriéndose brecha con su labor de zapa tras las ficciones del encuentro en las galerías del cuerpo, ese que el pudor desnuda y la esperanza inflama, tiembla y se estremece y aguarda desde muy atrás, y más atrás aún, ese único rostro que no miente aunque tarde en llegar: el rostro de la Ausencia...

